

Meditaciones menores

NO es inútil insistir en el análisis de la vida de D. Magdaleno y su momento, primero porque no está Alcázar sobrado de hombres de valer, y, segundo, porque no todos pueden ofrecer como él, ejemplo aleccionador, en sus aciertos y, sobre todo, en sus errores, que son los que más enseñan; en sus arrostos primeros, cuando pudo sentir el desamparo y se tenía que debatir contra los coscurros y en su sedentarismo posterior, que no sería por conformidad, porque no podía serlo, dados los disgustos y dificultades de la profesión, aferrándose a una subsistencia puramente vegetativa, con posibilidades mínimas, aunque él floreciera como toba en terreno yesífero.

El desorden en que aparecen las notas sobre su vida, demuestra el carácter provisional de esta obra y como se va escribiendo con demasiada precipitación, muchas veces entre un acto profesional y otro aprovechando el momento en que las ideas brotan inesperadamente, obedeciendo a los más imperceptibles estímulos del momento, una palabra, un gesto o actitud, recogidos afanosamente para retenerlos y aportarlos al acervo común.

En este mismo libro van varias notas sobre el popular galeno, colocadas indebidamente por agobios del trabajo que obliga a ir imprimiendo a medida que se escribe, al modo de los periódicos y muchas veces cuartilla a cuartilla, cosa bien acreditada por sus imperfecciones.

Don Magdaleno fué un hombre deseoso de historia, de continuación, de perduración. Lo demuestran todos los detalles de su vida, y sobre todo, los apuntes que escribió y que van comentados aparte, en los cuales le faltó sencillez, naturalidad y altura, tal vez por sobreestimación de sus condiciones.

Le preocupó la muerte, aunque solía decir que la vida no valía lo que costaba, siendo evidente que la suya pudo valer mucho más si no se aparta de la

escuela, porque ningún otro médico alcazareño ha estado tan próximo y tan ligado a los maestros para llegar a ser uno de ellos.

Más que la muerte, le preocupó el olvido. Por eso afianzó con cemento su recuerdo en el panteón él mismo.

Por eso hizo una casa ostentosa, él que no tenía nada de señor y que aun entre los mármoles vivió como un menestral modesto.

Por eso agradece tanto en sus apuntes las consideraciones que le guardaba la gente después de jubilado, «casi mayores, consigna satisfecho, que las que me tenían antes».

Y por eso sentía tanto no tener hijos, aunque no se le pueda dar beligerancia en ello, porque su juicio, tan claro y tan tajante siempre, desbarra con exceso en esto. Las personas favorecidas por él, sin ningún derecho ni deber, pudieron resultarle o parecerle desagradecidas, pero hubiera hecho falta verle ante el derecho absoluto del hijo y oírle después de larga experiencia.

Lo que sorprende es que este hombre soportara la prueba de su período inicial y luego se aferrara a la rutina, sacrificando todas sus posibilidades a la seguridad de unos ahorros míseros.

¿Es que no tenía inquietudes íntimas?

¿Es que le faltó confianza en sí mismo?

¿O es que le sometió la comodidad lograda fácilmente?

Lo último parece lo cierto.

Las inquietudes las tenía, porque su vida fué una añoranza continua del Hospital General.

Sus pocas necesidades y la penuria anterior hacen suponer que no le faltara conocimiento de su resistencia, pero la comodidad doméstica, la responsabilidad y esclavitud del ejercicio y el círculo de amistades le quitaron por completo las aspiraciones sin dejarle más que la de los ahorrillos para la vejez, que era común a sus contertulios.